

*"Es una pena que se tarde tanto en crecer,
porque seguro que cuando sea mayor me olvidaré
de todo lo que me han hecho y no me acordaré de vengarme".*

Isabel Coixet. *Cosas que nunca te dije.*

"En la literatura, el crimen es tan antiguo como el amor".

Pierre Lemaitre. *Irene.*

El vídeo se hizo viral en pocas horas. Aquella noche, todos los informativos del mundo abrirían con las imágenes que habían corrido como la pólvora por redes sociales, convirtiéndose en *trending topic*. En pleno Times Square, turistas y neoyorquinos permanecían inmóviles como estatuas, sin despegar la mirada de las gigantescas pantallas de neón. En breves instantes, todos los aeropuertos del mundo mostrarían en sus pantallas las mismas imágenes sincronizadas, subtituladas en multitud de idiomas.

En los bares de Madrid, Tokio o Estocolmo, la música se apagó y los clientes, cerveza en mano, se arremolinaron frente a los monitores, ansiosos por asistir a la retransmisión global del vídeo del que hablaba todo el mundo. Las cabeceras de los noticiarios dieron paso al fin, al unísono, frente a millones de espectadores, a la declaración más escalofriante televisada jamás.

El rostro de una mujer abatida, con profundos surcos oscuros bajo los ojos, inundó por completo el plano. Flanqueada por dos policías de uniforme, procedió a situarse frente a un pequeño atril, ante lo que parecía ser la puerta de entrada de su domicilio. Un reducido grupo de fotógrafos y periodistas, ajenos a lo que estaba a punto de suceder, se habían congregado en aquel punto, probablemente convocados por la Policía Local. Nada hacía presagiar lo que ocurriría a continuación. A pesar de la expresión demacrada de su rostro, la mujer irradiaba una asombrosa sensación de entereza. La audiencia del planeta contuvo la respiración por unos segundos.

—Buenas tardes, gracias por venir —comenzó a hablar al fin.

—Como ya saben, mi hijo desapareció hace setenta y dos horas. He querido comparecer ante ustedes para agradecerles personalmente su ayuda durante estas horas tan difíciles.

Tras esta breve introducción se quedó en silencio unos instantes, con la mirada perdida en el infinito. Alguno de los presentes temió que, quizás, abrumada por la emoción, le resultara imposible continuar el discurso. Nada más lejos de la realidad. A los pocos segundos, los espectadores evidenciaron que aquella pausa dramática no había sido más que un estudiado prelude al gesto que habría de quedar grabado para siempre en el imaginario colectivo. La mujer aprovechó el receso para sacar una carpeta que había ocultado hasta el momento bajo su chaqueta de punto. Nadie parecía haber reparado en su existencia. Llevaba la prenda cruzada sobre el pecho, con los brazos entrelazados sobre ella, como si estuviera destemplada o guareciéndose del frío. Tras posar la misteriosa carpeta sobre el atril, los dos policías intercambiaron una mirada de inquietud. Era obvio que aquello no figuraba en el guión —previamente acordado—, sobre lo que era conveniente o no revelar a los medios en semejantes circunstancias. No obstante, guiados tanto por la curiosidad como por la torpeza que supondría protagonizar un episodio violento ante la prensa, optaron tácitamente por permitir que la mujer continuara con su declaración. Conteniendo las lágrimas a duras penas, se dispuso a mostrar al mundo la información que, aparentemente, había ocultado a los investigadores. Decidida, realizó al fin el movimiento que conmocionó al mundo. Estiró ambos brazos y, acercándolos lo máximo posible a los periodistas apostados frente a ella, mostró a las cámaras dos fotos ampliadas, una en cada mano.

—El niño que aparece en la foto de la izquierda —explicó— es mi hijo.

La cámara de televisión realizó un zoom sobre el rostro de un niño de unos dos o tres años que, sentado en el suelo, jugaba con un cochecito mientras sonreía divertido al objetivo.

—La mujer de la foto de la derecha, es la persona que se lo ha llevado —continuó, alzando un poco el tono de voz, subrayando con énfasis cada una de

sus palabras. A su alrededor se hizo un impresionante silencio, solo interrumpido por el clic de los flashes que, lentamente, comenzaron a iluminar la escena con su molesto parpadeo. Al cabo de unos segundos, el estupor ante la grave acusación que se acababa de verter dio paso a un murmullo de voces que se fue elevando hasta convertirse en clamor. La mujer, incólume, trató de imponer su voz sobre él:

—¡MÍRENLA BIEN! —rugió, mientras describía con la mano un movimiento panorámico ante los presentes, de derecha a izquierda, asegurándose de que todo el mundo captara la imagen sin dificultad.

—¡Ofrezco una recompensa de veinticinco millones a quien me traiga vivo a mi hijo... y muerta a esta mujer!

Los policías, aturcidos y desconcertados por el cariz que había tomado la comparecencia, se apresuraron a arrancarle las fotos de las manos y, entre una oleada de flashes y el vocerío atropellado de los reporteros —que se desgañitaban por conseguir alguna otra declaración— procedieron a llevársela en volandas de vuelta al interior de la casa, cerrando la puerta bruscamente tras de sí.

En todo el planeta se escuchó el eco de un grito sofocado. La recompensa económica más elevada ofrecida jamás acababa de convertir a cualquier ciudadano de a pie en un sicario en potencia.

CLAUDIA

“Creo que ése es el problema que tengo. Por dentro debo ser el peor perverso que han visto en su vida.

A veces pienso en un montón de cosas raras que no me importaría nada hacer si tuviera la oportunidad”.

J. D. Salinger. *El guardián entre el centeno.*

01

La noche antes del vuelo no pude pegar ojo, como solía ocurrirme siempre antes de un viaje de trabajo. Harta de dar vueltas en la cama me incorporé sigilosamente, tratando de no hacer ruido. Jorge, tendido a mi lado, abrió un ojo.

—¿Te vas ya? —preguntó, medio dormido.

Me incliné para besarle.

—Sí, no te levantes. Nos vemos el viernes.

—No trabajes mucho —respondió y, girándose, se acurrucó de nuevo bajo las sábanas.

Tras una ducha rápida, me vestí y salí de la habitación de puntillas. Había dejado todo preparado la noche anterior. La maleta, el bolso con el portátil y los documentos, los móviles... Incluso me preocupé de sacar el abrigo largo color camel, que descansaba dentro de una funda en el armario de la entrada desde el invierno anterior. Con sus amplias solapas y su cintura entallada, era elegante y profesional al mismo tiempo, sin pecar de sobrio o aburrido. Tenía ganas de ponérmelo de nuevo. Aunque en Madrid el otoño se resistía a hacer su entrada, consulté el pronóstico del tiempo en Nueva York para la semana y constaté que las temperaturas allí rondaban los 10-12 grados centígrados.

Recorrí el pasillo del piso superior y, al pasar junto la puerta entreabierta de la habitación de Laura, me detuve un momento a contemplar a mi hija, que dormía plácidamente. Abrazaba con fuerza a Koko, su oso de peluche, buscando protección para sus frecuentes pesadillas. Días atrás habíamos tenido un pequeño desencuentro a cuenta del muñeco. A mí me parecía que ya era muy mayor para ir con él a todas partes, pero Jorge intercedió por ella guiñándole un ojo. “No creo que se lo lleve a la universidad, ¿verdad?”, bromeó. Me hizo reír, como siempre, y ahí terminó la discusión. Mientras la observaba, me sorprendí a mí misma sintiendo un leve pinchazo de culpabilidad. Por mis ausencias, las largas horas en el trabajo, los viajes... Otra vez esa ingrata sensación de debilidad. Guiada por un acto reflejo, me deshice rápidamente de ella. “No se llega a tener una carrera profesional como la mía haciendo *cupcakes*”, me dije, esbozando una sonrisa. Amaba a Laura con todas

mis fuerzas, pero nunca sentí la necesidad de dejar mi trabajo o aparcas mis metas personales por ella. En ese preciso instante, Adriana salió de su habitación, abrochándose la bata. Tal vez la criada malinterpretó la sonrisa y, por un momento, creyó atisbar un punto de sensiblería en mí. Me hizo gracia pensarlo.

—Señora Claudia, ¿ya se marcha? —susurró, tratando de no despertar a la niña.

—Sí, Adriana. Vuelve a dormir, es muy temprano.

—Deje que le prepare un café —contestó la mujer. Sin darme tiempo a responder, descendió ágilmente las escaleras que conducían al piso inferior, y desapareció por el pasillo rumbo a la cocina.

Permanecí unos instantes más junto a la puerta del dormitorio de mi hija. Era consciente de que últimamente las cosas no iban del todo bien en mi familia. Me vino a la mente otro incidente acaecido unos meses atrás. Una tarde, Laura volvió del colegio con un mordisco marcado en el brazo. Cuando trataba de explicarme lo sucedido, perdí los nervios y reaccioné, furiosa:

—¿Quién te ha hecho esto? —grité.

Laura no se atrevió a levantar la mirada del suelo. Permaneció inmóvil frente a mí, abrazada a Koko, paralizada ante la inesperada reprimenda. Era consciente de que mi ira era del todo desproporcionada, pero no pude contenerme.

—¿Quién ha sido? —pregunté de nuevo, en un tono aún más agresivo que la vez anterior.

La niña trató de musitar una explicación, pero un nudo en la garganta le impidió emitir sonido alguno. Presa de rabia —y sin mediar palabra— le aticé un sonoro bofetón. Acto seguido me incliné ante ella, situándome a su altura. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Era incapaz de mirarme a los ojos, por lo que sujeté su rostro con fuerza entre mis manos y lo levanté, forzándola, hasta que no tuvo más remedio que alzar la mirada.

—Escúchame —ordené—. Si hay algo que no soporto es la debilidad. Si no quieres decirme quién te lo ha hecho, no me lo digas. Pero no puedes permitir que te hagan daño sin defenderte, ¿me has oído?

Laura asintió tímidamente con la cabeza. Adriana observaba la escena desde la esquina del salón, sin atreverse a intervenir. Me percaté de su presencia e, incorporándome, me dirigí esta vez a ella.

—¿Y tú, qué? ¿Ves que la niña sale así del colegio y no haces nada? ¿Quién ha sido, lo sabes?

—Sí, señora... —contestó. Dudó un momento antes de delatar al culpable, pero finalmente confesó—. Ha sido el hijo de la señora Valeria. He hablado con la chica que le cuida, pero no saben qué hacer con él. Está muy desobediente desde que trajeron al nuevo hermanito...

Valeria era mi vecina. Su casa estaba justo enfrente de la nuestra. Era una de esas personas que, solo por el hecho de vivir cerca, da por hecho que sois amigas. La típica que se presenta en tu puerta con una cesta de mini magdalenas para darte la bienvenida al barrio. Tenía tres hijos, los tres adoptados y, aunque contaba con servicio doméstico, estaba absolutamente desbordada, lo que me hacía preguntarme continuamente por qué su marido y ella se empeñaban en seguir ampliando la familia. El más pequeño, un bebé etíope, había llegado hacía apenas un mes. Visitar su casa era lo más parecido a penetrar en territorio de guerra, así que yo lo evitaba a toda costa. Ella, no obstante, buscaba cualquier excusa para llamar a mi puerta. Creo que me admiraba, e incluso tengo la sospecha de que me espiaba discretamente. Era como un dolor de muelas. Hasta llevaba a sus hijos al mismo colegio que Laura.

—Bueno, ya hablaré yo con su madre —resolví. Laura, medio ahogada por el hipo, no lograba controlar el llanto. —Ay hija, ¡ya está bien de llorar! Sube a tu habitación a jugar, tengo mucho trabajo que hacer —le ordené.

La pequeña atravesó el salón a la carrera para refugiarse en el regazo de Adriana y ambas, abrazadas, desaparecieron apresuradamente de la sala, escaleras arriba.

Me gustaría poder decir que me arrepentí inmediatamente de mi brusco comportamiento, pero sería una verdad solo a medias. Si lo hice, a posteriori, fue sobre todo porque aquel incidente dio pie a una fortísima discusión con Jorge, que consideraba que actuaba de manera excesivamente dura con la niña. Odiaba que no me diera la razón. Antes de que Laura naciera, solíamos tener puntos de vista muy parecidos respecto a todo. Me enorgullecía que mi marido me considerara una mujer fuerte, ambiciosa, inteligente. Pero desde que tuvimos a la niña, Jorge quedó embelesado. Totalmente embobado. A mi modo de ver, la paternidad le había transformado en un hombre

sobreprotector, relegándome a mí al indeseable papel de poli malo en lo referente a su educación.

Además del tema de la niña, también era consciente de estar atravesando un bache en nuestra relación de pareja, y no tenía ni idea de cómo afrontarlo. Jorge era el gran amor de mi vida. Mi auténtico punto débil. Sentir que no tenía el control sobre nuestra relación me causaba un profundo desasosiego que trataba de obviar del mismo modo que hacía con el resto de las cosas que me incomodaban: no pensando en ello.

Tras entornar de nuevo la puerta de la habitación de Laura, bajé las escaleras y me dispuse a verificar que no olvidaba nada. La maleta aguardaba junto a la puerta de entrada. Repasé mentalmente todo lo que llevaba en su interior: un par de trajes de chaqueta, dos vestidos y algo de ropa informal. Pijama, aseo, todo en orden. Me resultaba fastidioso tener que facturarla, pero no me quedaba otro remedio, ya que aparte del *trolley* tenía que cargar con el maletín para el portátil y mis documentos, además de un pequeño bolso para los enseres personales que pudiera necesitar durante el vuelo. Comprobé que mi móvil –el personal– tenía suficiente batería y volví a meterlo de nuevo en el bolso. Después saqué del maletín mi nuevo iPhone, el teléfono que me había dado la agencia para cuestiones de trabajo, y pedí un taxi desde una aplicación. No todos en la agencia contábamos con semejante lujo, claro. Pero mi trabajo requería que me pasara los días recorriendo la ciudad, viajando y contactando con clientes, así como con las oficinas de Londres, Nueva York y París. No paré hasta que Alberto accedió a comprármelo (y de paso se agenció otros dos, uno para Mónica y otro para él). Le convencí de que me resultaba imprescindible para compartir y consultar la documentación de mi MacBook y del iPad (presentaciones, mails y demás). Aunque, para ser del todo sincera, lo primordial para mí era mantener mis contactos, mi agenda y mis correos profesionales separados de mi vida personal. No hacía ni una semana que lo tenía, así que me senté en la mesa del comedor a esperar al taxi, y aproveché para curiosear las nuevas prestaciones del teléfono. Me habían comentado que la cámara era una auténtica maravilla, así que esperaba encontrar un hueco para salir a hacer fotos por Central Park que, en otoño –mi estación favorita del año– se teñía de preciosos tonos rojizos y ocres. “Tiembra, Instagram”, pensé, ilusionada.

Adriana apareció con una taza de café humeante y, tras repasar algunas tareas de las que debía ocuparse en mi ausencia, le indiqué que volviera a acostarse.

—Buen viaje, señora —se despidió la mujer, subiendo de nuevo las escaleras.

—Gracias, Adriana.

Sin encender las luces, me dispuse a disfrutar del café mientras aguardaba la llegada del taxi. La casa estaba en calma. Cerré los ojos unos instantes, saboreando la quietud. A pesar no haber dormido, no estaba cansada. Comencé a dejarme invadir por la emoción del viaje. Aunque llevaba ya muchos años visitando las distintas sedes que la agencia poseía por el mundo, no había perdido la ilusión por cada desplazamiento. Abrí los ojos, di un sorbo al café. El momento era absolutamente perfecto. Resolví que en mi vida había altos y bajos, como en la de todo el mundo pero, en general, no tenía motivos para quejarme. Entonces, ¿por qué nunca estaba satisfecha del todo? ¿A qué venía esa eterna inquietud, esa aprensión por tenerlo todo bajo control? Las mil horas de terapia que cargaba a mis espaldas no habían logrado mitigar mi ansiedad, así que había puesto fin a las sesiones con mi terapeuta un par de meses atrás. Aún no se lo había dicho Jorge. Temía enfrentarme a su mirada de desaprobación, una vez más. Él creía que las sesiones estaban obrando maravillas en mí y es cierto que —al principio— enfoqué el proceso con entusiasmo y traté de seguir a pies juntillas los consejos de la psicóloga. Pero, sesión a sesión, fui perdiendo gradualmente el interés. Las charlas con ella me resultaban aburridas y tediosas, una manida sucesión de frases hechas y lugares comunes. No me estaba ayudando, pero me daba pereza reconocerlo. Así que, durante los últimos meses, dediqué las sesiones a inventar historias acerca de mi vida personal y laboral. Las historias que intuía que ella quería escuchar. Fue divertido durante un tiempo. Siempre me ha fascinado lo sencillo que me resulta manipular a la gente, y lograrlo con una profesional como ella se convirtió en un reto estimulante. Pero al final también me aburrí de la farsa y decidí dejarlo. La terapeuta elogió mis enormes avances, y nos despedimos con la promesa de ponerme de nuevo en contacto con ella siempre que lo necesitara.

Suspiré. Terminé el café mientras contemplaba el jardín, el césped, los árboles. La luz procedente de la piscina aliviaba la oscuridad del salón,

cubriéndolo de pequeños destellos que tintineaban sobre las paredes, filtrándose a través de la gran puerta de cristal que daba acceso al porche. Adoraba aquella casa. Jorge había diseñado algunas de las viviendas y edificios más modernos de Madrid de la última década, por lo que no era de extrañar que, como el gran arquitecto que era, hubiera puesto tanto mimo en el que sería su propio hogar. A pesar de que ya estaba construida cuando nos conocimos, me sentí inmediatamente cómoda en ella, desde la primera vez que crucé la enorme puerta de hierro de la entrada. Cada detalle derrochaba lujo y buen gusto. Parecía sacada de una revista de decoración, la casa de una estrella de Hollywood. A pesar de lo que pudiera inferirse a tenor de su enorme reconocimiento y éxito profesional, Jorge no era un hombre con una personalidad arrolladora que digamos. Era un tipo más bien tranquilo, de pocas palabras, afable, y casi siempre estaba de buen humor. Aparte del estudio en la calle Velázquez –donde trabajaba a diario con todo su equipo– Jorge se había reservado un espacio luminoso y diáfano en la planta baja de nuestra casa, con vistas al jardín de la parte trasera, desde el que poder trabajar cuando deseaba estar solo y lejos del barullo y de la gente. Allí, completamente aislado del mundo, era donde había alumbrado sus diseños más ambiciosos e inspirados. Yo solía observarle desde la hamaca del jardín, concentrado sobre el tablero de diseño, con una perenne sonrisa dibujada en el rostro. En secreto, envidiaba aquella serena armonía suya. Se le veía en paz, en total comunión con su profesión, que era a la vez su pasión. Yo también disfrutaba de mi trabajo en la agencia, pero no de la misma manera. Me estimulaba la emoción de encontrar una buena idea, la certeza de haber dado con la clave para una nueva campaña, el halago por parte del cliente, el reconocimiento de mis colegas... Pero no se trataba de una verdadera vocación, sino más bien del vehículo que había encontrado para crecer profesionalmente, para revalidar mi madera de líder. Para no enfrentarme a todas las inseguridades de fondo que me impedían realmente ser feliz, y a las que no deseaba plantar cara por nada del mundo. Mientras la imagen que proyectara fuera de éxito, me sentiría exitosa. Tan simple como eso. Si le hubiera confesado a mi terapeuta mis verdaderas inquietudes, seguro que habría estado de acuerdo conmigo.

A menudo me preguntaba qué había visto Jorge en mí. No entendía cómo continuaba lidiando con mi carácter y mi mal humor, pese a que él repitiera

con una sonrisa que era la mujer más inteligente y más bella del planeta Tierra. Quizás fuera cierto aquello de que los opuestos se atraen, porque en gran medida nos complementábamos. No podía imaginarme compartiendo el día a día con alguien tan temperamental como yo, que no tuviera la paciencia y el aplomo para aportar un punto de vista sosegado cuando afrontábamos algún problema. Sin duda, Jorge también me había ayudado a centrarme, a relajarme un poco y a disfrutar de la vida de una manera de la que no había sido capaz en toda mi infancia, ni en la adolescencia, ni siquiera en los primeros años de mi juventud.

Pero durante la última etapa de nuestro matrimonio, desde que Laura ya no era un bebé y aquel arrebato de ternura y hormonas se fue desvaneciendo, había comenzado a sentirme angustiada y agobiada en mi propio hogar. La vida familiar se había ido transformando lentamente en una losa cada vez más pesada, que solo conseguía aliviar centrándome en el trabajo en la agencia que, por otro lado, había empezado a complicarse en los últimos meses.

En la oficina solía sentirme fuerte, poderosa. No me temblaba el pulso a la hora de tomar decisiones importantes. Al contrario, era un reto apasionante para mí. Me enorgullecía embarcarme en campañas con clientes cada vez más prestigiosos, asistir a las presentaciones, los festivales, las entregas de premios y todos los eventos sociales aparejados a mi profesión. En esos momentos era cuando me sentía realmente YO, Claudia Vidal, Directora General de ENZO España. La mejor publicista de una de las agencias más importantes del mundo. La sede central estaba ubicada en Nueva York, pero la oficina de Madrid –especialmente en los últimos tiempos– iba como un tiro, con un crecimiento continuo año tras año.

Aquella madrugada, mientras aguardaba al taxi que me habría de llevar al aeropuerto, me invadieron los recuerdos. Crucé por primera vez las puertas de la agencia doce años atrás. ¿Doce ya? Habían pasado en un suspiro... No me avergonzaba reconocer que, en un primer momento, conseguí el puesto gracias a una pequeña “recomendación”. Que mi padre –un prestigioso neurocirujano– hubiese movido algún que otro hilo, no era nada del otro mundo. Así funcionaban las cosas en el entorno en el que crecí. La red de contactos, cuidadosamente cultivada en miles de tardes en el Club de Campo, mercadillos benéficos y otros acontecimientos sociales, siempre acababa

dando sus frutos. Así que, a los pocos meses de licenciarme en Publicidad y Relaciones Públicas, ocupaba mi propia mesa en la recién inaugurada oficina de Madrid de una de las agencias más importantes del mundo y, desde luego, no entraría en la empresa para hacer fotocopias.

En mi primer año tuve como mentora nada menos que a Lola Martín. Lola y su socia –Linda Mancini– se conocieron en Nueva York, y fue allí donde concibieron la idea y decidieron abrir su propia agencia de publicidad, gracias en gran parte al apoyo de sus acaudaladas familias. Yo las admiraba por ser las primeras mujeres al mando de una agencia internacional. Eran muy conocidas en el mundillo, y ya desde mis años de estudiante soñaba con ser como ellas. Cuando comenzó la expansión europea de ENZO, Lola no se lo pensó dos veces y decidió aprovechar la ocasión para regresar a Madrid –su ciudad natal– y seleccionar y formar al equipo de talentos que habría de integrarse en la que sería su primera sucursal europea. Debajo del brazo trajo valiosos contactos relacionados con el mundo latino e hispanoparlante de la Gran Manzana, y la agencia despegó a toda velocidad, superando incluso las expectativas más optimistas. Como Presidenta de la agencia en España no tardó en hacerse un hueco en las reuniones y eventos sociales más destacados de la ciudad, y ahí es donde las redes de amistad de mi familia facilitaron mi entrada en la compañía.

Gracias a mi dedicación, trabajando fines de semana, y todos los días hasta las tantas, no tardé mucho en llamar la atención de Alberto, el Vicepresidente de nuestra delegación. Hermano pequeño de Lola, abiertamente juerguista y mujeriego, Alberto Martín era conocido por organizar algunas de las fiestas y eventos más divertidos de Madrid, en los que confluía gente de todos los ámbitos de la cultura, las artes y el diseño. Pronto quedé deslumbrada por este nuevo ambiente, bohemio y bastante más libertario que aquel en el que había crecido. Mi vida anterior, tremendamente conservadora, estudiando en estrictos colegios de monjas e internados, habían constituido un gris prelude a lo que de verdad creía que estaba destinada a ser mi vida: un glamuroso universo repleto de personas interesantes, poderosas y respetadas. Encajé a la perfección en el mundillo, tanto en lo profesional como en el halo social que rodeaba al trabajo en la agencia.

Un zumbido en el móvil, avisando de que el taxi aguardaba ya en la puerta, me arrancó bruscamente de mis pensamientos. De camino al aeropuerto, cerré los ojos de nuevo y traté de revivir la noche en la que Jorge y yo nos conocimos y nos enamoramos. Aunque no me pegue nada y suene a cliché de película, estuve segura desde el primer momento de que deseaba pasar el resto de mi vida junto a él. Me deleité rememorando los pequeños detalles, como el vestido rojo que llevaba aquella noche, el momento en que Alberto nos presentó, justo antes de la cena, o la manera en que Jorge no me quitaba el ojo de encima desde la otra punta de la mesa, atestada de comensales. Sonreí recordando cómo ambos tratábamos disimuladamente de esquivar nuestras respectivas miradas furtivas, volviendo al juego una y otra vez. Recordé con un dulce escalofrío cómo él me siguió cuando me escabullí a fumar un cigarrillo a la puerta del restaurante. Sentí de nuevo en mi piel la calidez de la brisa de verano de aquella noche, y casi pude escuchar su voz cuando él, deliciosamente torpe, me propuso abandonar discretamente el lugar para ir a pasear por Madrid. Terminamos la velada besándonos al amanecer en una callejuela, cerca de la Plaza Mayor, con su chaqueta cubriéndome los hombros y las sandalias de tacón en la mano, caminado descalza sobre el suelo empedrado. Aquella fue, sin duda, la mejor época de mi vida. Ahora me atormentaba la distancia que, paulatinamente, se había ido instalando entre los dos. Continuaba profundamente enamorada de él. No quería perderle, ni la familia y la vida que habíamos construido juntos.

Y al mismo tiempo, nada de esto me impedía sentirme terriblemente excitada ante la idea de volver a encontrarme con James en Nueva York.

El avión estaba repleto hasta los topes, pese a tratarse de un anodino lunes de noviembre. Antes de embarcar ya había tenido el primer rifirrafe del viaje con Mónica. Digamos que nuestra relación no era del todo “cordial”. Digamos, para ser más exactos, que hacía mucho, mucho tiempo, que no experimentaba una inquina similar hacia nadie. Su llegada a la agencia, tan sorpresivamente, ocupando el puesto por el que llevaba trabajando tantos años... fue, sencillamente, un golpe bajo por parte de Alberto. Era conocido por toda la agencia que eran amantes. Probablemente, hasta la mujer de Alberto lo sabía a esas alturas... En eso yo no me metía, la vida personal de cada uno me traía al paio. Pero poner de segunda de a bordo a aquella mujer, llegada de quién sabe dónde, me pareció –simple y llanamente– un atropello intolerable. Lola –mi mentora, la mujer de la que había aprendido todo– se jubilaba, y todo el mundo –incluida yo– daba por hecho el ascenso. Si Alberto tomaba el relevo de su hermana como Presidente de ENZO España, la sucesión lógica en la Vicepresidencia recaería sobre mí. Era una decisión tan obvia que ni se me había ocurrido cuestionar que las cosas pudieran ser de otra manera. Por eso, tan pronto como llegó a mis oídos el rumor del nuevo “fichaje”, me planté en el despacho de Alberto hecha un basilisco.

—¡Ese puesto era mío! ¡Ya lo habíamos hablado! —exploté, cerrando la puerta de un portazo, sin reparar en si mis gritos podían escucharse desde cualquier rincón de la agencia. Francamente, me importaba un carajo.

—Claudia, tranquilízate —trató de apaciguarme Alberto, sin éxito.

—¿Que me tranquilice? ¿Pero tú te crees que soy tonta? ¡Me lo prometiste! —continué gritando, exasperada.

—¿Qué quieres que te diga...? También se lo prometí a ella... Además, a todos los efectos tú eres aquí la jefa, no hay razón para ponerse así...

Alberto conocía de sobra mi temperamento, y supongo que estaba preparado para el huracán que acababa de estallar en su oficina.

—Relájate. Continúas siendo la Directora General de la agencia en España. Tienes el mejor puesto, el sueldo más alto del equipo —prosiguió, en tono conciliador—. Tú eres la creatividad y el cerebro de la agencia, todo el mundo lo sabe. El de Mónica es un puesto meramente de representación. Será,

junto a mí, la cara visible de la agencia ante los clientes, pero nadie pone en duda quién manda aquí...

—¡Vas a nombrarla VI-CE-PRE-SI-DEN-TA! ¡No me digas que los cargos no son importantes, sí que tiene importancia, joder!

No podía ni mirarle a la cara, tal era la ira que sentía en aquel momento.

—¿Sabes que puedo arruinarte la vida, no? —le amenacé, en un arrebato—. Me puedo ir a cualquier otra agencia... Podría hacer una llamada a tu mujer...

Ante mi patético intento de extorsión, Alberto simplemente inclinó la cabeza hacia un lado en un gesto seductor y, mientras me guiñaba un ojo, contestó:

—No creo que desees destruir todo por lo que has luchado, pero qué quieres que te diga... Si te decantas por cualquiera de esas dos opciones, lo mismo hasta me harías un favor...

No daba crédito a lo que estaba oyendo. Abandoné el despacho con otro sonoro portazo, y me encerré en el mío dispuesta a entregarme a un ataque de nervios. Apenas cinco minutos más tarde, la temperamental vibración del móvil sobre mi escritorio me arrancó momentáneamente del bucle de pensamientos coléricos a los que me había abandonado. El nombre de Jorge, como adivinando la tormenta que acaba de estallar, se iluminó en la pantalla del teléfono. Antes de que pudiera comenzar a explicarle lo que había pasado, Jorge dijo:

—Amor, estoy junto a la agencia, justo bajo tu ventana.

Me asomé al ventanal y divisé a mi marido siete pisos más abajo, en la calle, con el móvil pegado a la oreja, y portando un enorme ramo de rosas.

—¡Mierda! —recordé, demasiado tarde. Era nuestro aniversario. No el de la boda, si no nuestro aniversario “de verdad”. El de la noche en que nos conocimos y nos besamos por primera vez. Nos encantaba celebrarlo cada año, pero en aquella ocasión el estrés de las últimas semanas en la agencia había hecho que lo olvidara por completo. Me sentí doblemente miserable.

—¿Bajas? —fue lo único que dijo. Su voz sonaba ilusionada, y algo de ese espíritu suyo se me contagió al escucharle. Tras inspirar profundamente un par de veces, contesté:

—Sí, amor, ya bajo.

Y así, sin proponérselo, Jorge me salvó una vez más de mí misma y de mandarlo todo a la mierda tras un calentón, como habría sido mi primer impulso. Aquella noche se las apañó para convencerme de que lo más gratificante para mí sería, sin ningún lugar a dudas, seguir haciendo lo que más me gustaba: estar al pie del cañón, centrándome en mi labor creativa. Dedicó el resto de la noche a exponer mil argumentos acerca de cómo ocupar el puesto de Mónica solo me aportaría –tal y como él lo veía– mayor estrés y menos satisfacciones. Aunque no compartía en absoluto aquella opinión decidí dejarle hablar, asentir y disfrutar de la cita con mi marido, y aplazar para otro momento la estrategia a seguir si quería quitarme de en medio a la intrusa que estaba a punto de convertir mi vida laboral en una pesadilla.

Aquella mañana, en el aeropuerto, mientras Mónica enhebraba una retahíla de cambios que (yo) debía realizar en la presentación, comprendí hasta qué punto mi rabia y amargura estaban relacionadas con su llegada a la agencia. Tanto mi vida personal como mi trabajo –aunque nunca estuvieron exentos de presión y exigencia– se habían cargado de un estrés insoportable desde que se convirtió en la mano derecha de Alberto. Su entrada en la oficina fue memorable. Impecablemente vestida con un traje blanco de Chanel, bolso y zapatos de lujo, dejó a todos, hombres y mujeres, con la boca abierta. Era, por mucho que me repateara admitirlo, lo más parecido a una modelo que había visto en mi vida. Y, para colmo, no solo era espectacular físicamente. También era una mujer extremadamente inteligente. No sabría decir cuál de estos dos atributos me hacía sentir más insegura. Me sentía literalmente amenazada por su presencia. Como si en cualquier momento aquella mujer fuera a abrir su boca perfecta y a engullirme de un bocado. Jamás había experimentado algo así hacia otra persona. Ya en el colegio estaba acostumbrada a destacar. Recordaba a menudo –con orgullo– una conversación que la directora había tenido con mis padres:

—Esta niña es especial. Tiene madera de líder. Todas la respetan. Podrá hacer en su vida todo lo que se proponga.

Mi padre lo relató en la cena ante mis hermanos, henchido de orgullo. Y fue entonces cuando comprendí la fuerza que tiene la imagen que proyectamos en los niños. Si les haces sentir fuertes, lo serán. Por eso me alteraba tanto que Jorge no me apoyara cuando me empeñaba en que nuestra hija también lo fuera. Tenía que inculcarle el instinto de no dejarse pisar. La vida ya es lo suficientemente dura como para no hacerlo.

Sin embargo, me encontraba totalmente desvalida ante el huracán Mónica. Su mera presencia física me imponía. A su lado me veía sosa, vulgar. Discretamente, comencé a tomar notas mentales de su estilismo, adquiriendo ropa y complementos de las mismas marcas que ella, aunque con el suficiente disimulo como para no parecer una fotocopia. Era algo que al mismo tiempo me fastidiaba y me otorgaba confianza en mí misma. Admiraba y repudiaba a aquella mujer a partes iguales. Además, como era de esperar, no se contentó

con ser una mera mujer florero. Aprendía rápido y metía mano en todas las campañas. Se colaba en las reuniones de equipo y opinaba sobre cualquier asunto, generalmente lo contrario que yo. Rivalizamos desde el primer momento, y la tensión entre nosotras no dejaba de crecer.

Antes de dirigirse a la sala VIP de la Terminal 4, Mónica dejó caer un sarcástico comentario sobre la mala suerte de que en esta ocasión me tocara padecer las incomodidades del viaje en clase turista. Se regodeó en el hecho de que me correspondiera a mí rehacer la presentación –como si tratara de bajarme los humos y dejar bien claro quién mandaba allí– mientras ella aprovechaba para relajarse en su cómodo asiento en Business Class. Hasta aquel día yo siempre había volado en Business. Sabía que este castigo no era algo casual. Alberto se excusó alegando que “al sacar los billetes a última hora, ya no quedaba más que un asiento en primera clase”. Pude haber protestado con vehemencia pero, por otro lado, la perspectiva de pasar las ocho horas de vuelo aguantando a Mónica era aún más insufrible que la alternativa, así que no repliqué.

Al menos tenía asiento de pasillo. No soportaba la idea de verme sitiada entre la ventanilla y el pasajero contiguo, sin poder siquiera estirar las piernas, y teniendo que pedir permiso cada vez que necesitara ir al baño. "Ojalá me toque al lado uno de esos viajeros que se duermen al despegar y se despiertan al aterrizar", pensé, mientras buscaba mi asiento. Al llegar a mi fila, descubrí que mi compañera de viaje era una mujer más o menos de mi edad y –a primera vista– en una situación similar a la mía, ya que a pesar de que aún faltaban muchos pasajeros por embarcar, se encontraba perfectamente acomodada en su sitio con la mesita desplegada y trabajando concentrada en un portátil.

—No nos dan un respiro, ¿eh? —comenté mientras colocaba mi abrigo en el compartimento superior.

—¿Perdona? —preguntó la mujer alzando la vista, sobresaltada.

—Disculpa, no pretendía asustarte —respondí.

Ambas reímos. Me senté y procedí también a acomodar mi ordenador sobre la mesa plegable.

—Nada, decía que no nos dan un respiro... Yo también voy a tener que trabajar un buen rato —expliqué.

—Aaah... Puff, sí, qué le vamos a hacer... Estoy tan acostumbrada que casi no me doy cuenta. Soy capaz de currar en cualquier sitio: en los aviones, en casa, en una cafetería... ¿Viajas también por trabajo? —me preguntó.

—Sí —respondí. En un gesto mecánico, saqué una tarjeta de visita del maletín y se la tendí—. Mi agencia tiene la oficina central en Nueva York. Voy a menudo.

—ENZO... *wow*... —contestó la mujer, sin ocultar su admiración—. Conozco la agencia, iya lo creo! Encantada, Claudia —dijo, tendiéndome la mano—. Yo soy Berta. Me temo que no tengo tarjeta —bromeó. Su risa era ligera y franca—. Soy freelance, periodista de viajes. Estoy escribiendo una guía independiente de Nueva York, ya sabes, con lugares curiosos, poco conocidos... el rollo hípster que se lleva ahora.

—Qué interesante —respondí, fingiendo curiosidad, mientras la escudriñaba con disimulo.

No habría sido capaz de adivinar su edad. Probablemente rondaría los treinta y tantos, como yo, pero su larga melena pelirroja, el moderno flequillo hacia un lado, sus gafas de pasta negra y la ropa casual le daban un aire mucho más juvenil. Era bastante atractiva, delgada, y exudaba ese aire bohemio tan chic que estaba de moda, como recién salida de una exposición de arte. Se notaba que se cuidaba —a pesar de ese estudiado look despreocupado— y esa conclusión me agradó. No soportaba a los hippies trasnochados que te dan la brasa con el capitalismo, la política y la globalización, pero luego llevan un móvil último modelo y se pasan la vida de postureo en redes sociales. Al menos yo siempre iba de frente. Me encantaba mi estilo de vida, mi estatus. Disfrutaba de mi posición y del dinero, y no me avergonzaba de ello.

Unos minutos antes del despegue, una auxiliar de vuelo se acercó para indicarnos que guardáramos el ordenador y desconectáramos los aparatos electrónicos, que pusiéramos de nuevo la bandeja en posición vertical y bla, bla, bla. Justo detrás de ella apareció Mónica, con una nueva sarta de instrucciones:

—Te acabo de mandar un mail con todas las modificaciones que hay que hacer en la presentación porque, sinceramente, tal y como está ahora no podemos presentarnos en la reunión de mañana. Van a pensar que no le hemos dedicado ni dos minutos...

Sentí que me ardían las mejillas, a medio camino entre la rabia y el bochorno por saberme reprendida y, para colmo, ante una desconocida.

—Mónica, no me jodas. Sabes que llevo semanas con ella. ¡Haberlo dicho antes! A lo mejor el problema es que ni te has molestado en revisarla hasta hace dos minutos, ¿no?

La tensión entre nosotras hubiera seguido escalando de no ser por la insistencia de la auxiliar de vuelo que, muy amablemente, se ofreció a acompañarla de vuelta a su asiento.

—A ver si te hace ya efecto el orfidal... —murmuré entre dientes, suspirando aliviada al ver a mi jefa desaparecer tras la cortina, y provocando la risa cómplice de Berta.

El avión despegó y, durante la primera parte del trayecto, tanto mi compañera de viaje como yo trabajamos en silencio, ajenas al ir y venir de pasajeros por el pasillo del avión. Una o dos horas más tarde, contemplé por el rabillo del ojo cómo Berta se disponía a ver una película en su ordenador. Tras conectar unos modernos auriculares, pulsó "*play*" y se recostó en su asiento, dispuesta a disfrutar del film. Reconozco que me sentí celosa por unos instantes. "Ojalá pudiera permitirme el lujo de hacer un paréntesis y relajarme viendo algo entretenido", pensé. Se trataba de una peli clásica, en blanco y negro. Recordé con nostalgia cuánto me gustaba ver películas antiguas con mis padres cuando era joven. Me agradó que no fuera la típica devoradora de series de Netflix. No pude evitar cotillear el título de la peli. Era "*Extraños en un tren*", de Alfred Hitchcock. Me sonaba ligeramente haberla visto. No quise parecer una fisgona, así que me centré de nuevo en mi tarea y las dos horas siguientes transcurrieron en un suspiro, absorta en las modificaciones que me había señalado Mónica.

Coincidiendo casi simultáneamente con el fin de la película, cansada por la postura y la concentración, apagué el portátil. Además de lidiar con el ordenador, tenía que ingeniármelas para consultar los dos móviles, tanto el personal como el del trabajo que, por falta de espacio, metía y sacaba continuamente del maletín, colocado entre mis piernas. Harta de tanto trajín, decidí apagarlos y olvidarme del mundo hasta aterrizar en el JFK. Maldije interiormente la estrechez y la incomodidad del asiento, jurándome a mí

misma que la próxima vez me las ingeniaria como fuera para volver a volar en primera.

—Verdaderamente, los aviones no están pensados para trabajar — comenté en voz alta.

Berta asintió con la cabeza y, aprovechando el paso del carrito de bebidas, pedimos sendos cafés. A pesar de que nunca he sido demasiado proclive a entablar conversación con desconocidos, la charla fluyó entre nosotras de manera espontánea.

—Parece que tu jefa está más relajada, ¿no? —afirmó Berta.

—No te fíes. Calculo que me quedan unos diez minutos de paz.

—Yo no sé si podría volver a trabajar con alguien soplándome continuamente detrás de la oreja, la verdad... Es duro trabajar por tu cuenta, pero mi experiencia en empresas ha sido nefasta, así que te comprendo, amiga...

Asentí con la cabeza. Se hizo un momento de silencio antes de animarme a compartir con ella lo que me bullía por la mente.

—Todos los días me despierto pensando lo distinta que sería mi vida si ella no hubiera aparecido, jodiéndolo todo. Créeme, son cosas que no se valoran hasta que te cae una cruz como ésta... He llegado incluso a plantearme cambiar de agencia, montar una por mi cuenta...

—¿Y qué es lo que te detiene? —preguntó.

Exhalé un profundo suspiro.

—El orgullo, supongo. Llevo un montón de años trabajando con mi equipo, mis clientes... Me lo he currado mucho para ganarme su confianza y su respeto. Y no me da la gana de renunciar a todo eso solo por que esta tía se haya cruzado en mi camino. Pero te juro que si encontrara la manera de quitármela de en medio...

Berta soltó una pequeña carcajada. Le dirigí una mirada inquisitiva.

—Me viene al pelo la película que acabo de ver —dijo—. “*Extraños en un tren*”, ¿la conoces?

—Me suena. Solía ver un montón de cine clásico con mis padres, cuando era pequeña. Refréscame la memoria...

—Es genial. Dos desconocidos coinciden en un tren —me explicó—. Entablan una conversación trivial que cada vez se va tornando más personal y, en un momento dado, uno le propone al otro el crimen perfecto: cada uno

asesinará a alguien que le hace la vida imposible al otro. Se trata del crimen perfecto porque nadie sabe que se conocen, nadie puede relacionarlos, y los crímenes se cometerán a cientos de kilómetros de sus residencias habituales. El verdadero interesado en hacer desaparecer digamos, por ejemplo, a su jefa —Berta acompañó el razonamiento con un movimiento de cabeza, señalándome—, no podría ser inculpado ni relacionado con el asesinato. Incluso aunque las sospechas recayeran sobre él, sería físicamente imposible que encontraran ningún rastro suyo en el lugar del crimen, ya que nunca estuvo allí.

Me detuve por un instante a sopesar el razonamiento, con una media sonrisa dibujada en el rostro. Berta continuó:

—Por ejemplo, imagínate que yo me cargo a tu jefa... ¿cómo se llama?

—Mónica —contesté.

—Mónica. Sería como si yo me cargo a Mónica, que te está amargando la vida, y a cambio tú asesinaras, pongamos... yo qué sé... a mi marido, por poner un ejemplo... Incluso aunque dejáramos huellas dactilares por todas partes, resultaría prácticamente imposible identificar a la asesina, a no ser que esté fichada, claro... E incluso así, jamás encontrarían un móvil plausible. ¿Por qué ibas a querer tú asesinar a mi marido...? ¿Qué razón podría tener yo para eliminar a tu jefa, a quien no conozco de nada...? El crimen perfecto, vaya.

Me revolví inquieta en el asiento, disfrutando del juego.

—La idea, desde luego, es potente. Como argumento para una película me parece muy bueno pero, siendo realistas... no creo que sea tan fácil llevarlo a cabo. Quiero decir... ¡Matar a otra persona! No debe resultar tan sencillo como muestran en la tele...

—Supongo que todo es cuestión de planearlo bien. Seguro que hay mil maneras de hacer que parezca un accidente, o un suicidio... Yo creo que, cuando una persona está realmente motivada... No sé, al contrario que tú, opino que no debe ser tan difícil. Estoy convencida de que hay multitud de crímenes que la policía ha sido incapaz de resolver, ¿no crees?

Su razonamiento me hizo gracia y, en un gesto impulsivo, le tendí la mano fingiendo sellar el acuerdo.

—¡Venga! ¡Trato hecho! Puedes deshacerte de ella cuando quieras —exclamé entre risas—. ¿Qué quieres que haga con tu marido...?

Berta me estrechó la mano, estallando en una carcajada.

—Jajajaja... Mujer, ¡era una broma! ¡Si ni siquiera estoy casada! Me temo que te vas a tener que buscar a otra extraña que te ayude con el plan, lo siento...

Nos reíamos tan alto que no reparamos en que Mónica acababa de detenerse junto a nosotras. Al advertir su presencia, tratamos de cambiar bruscamente el semblante, aunque a duras penas logramos contener la risa.

—Ya veo que te lo estás pasando en grande —interrumpió, irritada—. ¿Has terminado ya la presentación? Porque quien tiene que dar la cara mañana soy yo, no lo olvides. Cuando lo acabes mételo en este pincho y me lo pasas, que lo tengo que revisar.

Cogí el *pendrive* que me tendía, y seguí con la mirada el recorrido de mi jefa hasta perderla de vista. De nuevo, ambas reanudamos las carcajadas, como dos niñas a las que la profesora ha pillado copiando en un examen. Por primera vez en mucho tiempo, me estaba divirtiendo. Me di cuenta de que no tenía ninguna amiga, ninguna, con la que poder hablar distendidamente, y me produjo cierta tristeza el hecho de que solo hubiera sido capaz de encontrar algo similar a la empatía en una completa desconocida a la que perdería de vista para siempre en unas cuantas horas.

—O sea, que tú te lo curras y ella se lleva las flores, ¿no? —preguntó Berta.

—Bueno, tampoco es eso —traté de justificar—. Es un trabajo de equipo. Al final yo soy quien dirige las campañas, quien trata con los clientes... Mis compañeros reconocen mi trabajo, pero parece ser que viste mucho tener un look tan imponente como el suyo —agregué, resignada.

—Bah, se nota a la legua que tú tienes mil veces más clase que ella. Esas cosas no se aprenden, se tienen o no. Me apuesto lo que quieras a que el puesto no lo ha conseguido por méritos propios. Ya me entiendes...

Sonreí con amargura, sin confirmar ni desmentir la intuición de Berta, aunque el comentario me reconfortó y halagó a partes iguales. Al menos quedaba claro quién era la profesional en el tándem. Mientras charlábamos, continué estudiando discretamente a mi interlocutora. Me ocurría siempre que conocía a alguien nuevo. Me fascinaba observar el lenguaje corporal propio de cada uno, los gestos, los pequeños tics. Por ejemplo, mientras hablaba, Berta enrollaba y desenrollaba un mechón de pelo entre los dedos de la mano derecha. Yo no poseía ningún gesto propio, al menos ninguno del que fuera

consciente. “¿Soy demasiado estirada?”, me pregunté. Me percaté de que el rostro de Berta, semioculto tras sus enormes gafas, casi rozaba la perfección. No se daba uno cuenta –a no ser que observara con detalle– de la suavidad en la curva de la nariz, los pómulos redondeados, la piel tersa del rostro, la delicadeza de sus labios, la dentadura perfectamente alineada... Si hubiéramos tenido más confianza habría compartido con ella algunos truquillos que, sin duda, le ayudarían a sacarse todavía más partido. Por ejemplo, las horribles gafas de pasta. Por muy modernas que fueran le hacían un flaco favor, ya que camuflaban su belleza al cubrirle prácticamente la mitad de la cara. Seguro que con otro modelo, más elegante y discreto, su rostro luciría mucho más, aportando incluso un pequeño toque de sofisticación. Pero estaban de moda. Deduje que seguramente las habría elegido por eso. Admiré de nuevo su larga y cuidada melena pelirroja. Nunca he soportado a esas mujeres que se dejan crecer las canas, y con la excusa de la “naturalidad”, acaban pareciendo hermitañas. No hay excusa para el descuido físico, por no decir para la falta de higiene. Berta exhalaba confianza, personalidad. Y usaba un perfume caro. Reconocí que era el mismo que solía ponerme yo en ocasiones especiales, lo que denotaba un gusto exquisito. Llegué a la conclusión de que probablemente, si hubiéramos tenido la oportunidad de alargar la conversación y compartir anécdotas y experiencias, habríamos descubierto que teníamos muchas cosas en común. Quizás, de habernos conocido en otras circunstancias, hasta nos habríamos hecho amigas, quién sabe...

Pero la realidad se impuso y volví a enfrascarme en la presentación, que logré concluir a tiempo de echar una pequeña cabezadita antes de llegar a nuestro destino.

El avión aterrizó en Nueva York en el horario previsto. Me despedí de mi compañera de viaje con un breve abrazo, deseándonos buena suerte en nuestros respectivos trabajos.

Tras atravesar los pertinentes controles de seguridad, por fin, entre el bullicio de gente que aguardaba ante las puertas de la terminal de llegadas internacionales, vislumbré a lo lejos el alborotado cabello rubio de James, que nos aguardaba con una sonrisa, sosteniendo en sus manos un cartel con el nombre de la agencia. Según avanzábamos hacia él, mi pulso se aceleró. Tuve que realizar un esfuerzo ímprobo para reprimir el impulso de arrojarme en sus brazos, como tantas parejas a nuestro alrededor hacían en aquel preciso momento. Me las apañé para saludarle con un profesional apretón de manos ya que, por supuesto, ninguno de los dos deseábamos que nuestro discreto *affair* fuera del dominio público.

James Carter –que no llegaba a la cuarentena– era unos de los CEO's más jóvenes de la agencia. Servicial y sonriente, nos acompañó hasta el coche de empresa que habría de trasladarnos en primer lugar al hotel de Mónica, el Plaza. En nuestras visitas a Nueva York o a Londres, Mónica exigía alojarse invariablemente en el Plaza o el Ritz y Alberto, claro está, no se negaba jamás. Aunque ello supusiera un enorme mordisco en el presupuesto del viaje, lo cual me obligaba a mí a alojarme en un hotel algo más modesto. De cualquier modo, lo prefería así. Hay multitud de hoteles modernos y fabulosos en Manhattan por la mitad de lo que supone alojarse en un hotel tan clásico y rancio como el Plaza. Además, agradecía la libertad de tener las noches para mí. Lo único que me faltaba era tener a Mónica entrando y saliendo de mi habitación. Especialmente ahora, con James.

El conductor salió del coche al vernos llegar y se ocupó de colocar el equipaje en el maletero. James se sentó delante –en el asiento del copiloto– y las dos mujeres nos acomodamos detrás. Durante el trayecto Mónica acaparó toda la conversación en su perfecto inglés, y no pude evitar percibir un cierto flirteo en el modo en que se dirigía a James. No podía culparla, porque el atractivo del muchacho era innegable. Él también estaba casado. Su esposa, Camilla Mathison, era una fotógrafa muy conocida en el mundo de la moda. Su

fama de mujer complicada y caprichosa era también vox populi. No obstante, cualquier actor, cantante o artista se moría por ser retratado por ella, y lo cierto es que su trabajo solo podía describirse como una auténtica obra de arte. Mi propia agencia la había contratado para sus campañas en numerosas ocasiones. Por lo que James me había contado, la pareja tenía una relación abierta. Un acuerdo por el cual cada uno de ellos era libre de acostarse con quien quisiera, siempre que no se convirtiera en una relación habitual que pusiera en peligro su matrimonio, y con una única regla: no compartir los detalles con el otro. Así, Camilla podía desaparecer una semana entera, y James sabía que probablemente se encontraba disfrutando de la compañía de algún famoso actor en Los Ángeles. Y al revés, James no tenía problema en pasar unas cuantas noches fuera de casa, siempre que aquello no interfiriera en su relación de pareja.

A veces fantaseaba con proponerle algo así a Jorge. Pero ¿sería capaz de manejar los celos cuando él no llegara a dormir a casa una noche? Hmm, no lo sé. Tenía la certeza de que yo podía tener sexo sin ataduras con un desconocido, pero conocía a mi marido. Era un romántico, no le creía capaz de separar lo meramente físico de ese “algo más”. Al mismo tiempo, me resultaba tremendamente excitante mantener vivo aquel “*affair*”, ese idilio secreto del que nadie sabía nada. Era algo mío. Una parte de mi vida que me pertenecía solo a mí. Disfrutaba con aquella sensación. Nunca he comprendido por qué algunas personas sienten el irrefrenable impulso de confesar una infidelidad a su pareja. ¿Qué pensarían que iban a conseguir con eso? ¿El perdón inmediato? ¿Se fortalece acaso una relación porque uno decida que, ante todo, hay que ser sincero...? ¿Acaso el engaño no ha sido consumado ya? Yo era perfectamente capaz de separar ambas relaciones sin sentirme culpable en ningún momento, sin remordimientos. No veía la necesidad de sincerarme. Honestamente, a veces el género humano es un completo misterio para mí.

Tras dejar a Mónica instalada, James se sentó en el asiento trasero del coche y dimos rienda suelta a los besos y caricias reprimidos, mientras el conductor nos trasladaba a mi hotel, ubicado a tan solo un par de manzanas de la agencia, en Madison Avenue.

—Te he echado mucho de menos... —susurró James en mi oído.

—Yo también a ti —contesté, besándole de nuevo.

—Después de la última vez, no estaba seguro de si...

—Lo sé, lo siento. No quiero que pienses que estoy jugando contigo. Pero Jorge y yo estamos intentando salvar nuestro matrimonio. Por nosotros, y también por la niña. Lo comprendes, ¿verdad?

—No tienes que darme ninguna explicación, ya lo sabes. Disfrutemos de estos días juntos, tengo muchos planes para estas cuatro noches —concluyó James.

A pesar del estrés de las presentaciones, reuniones y compromisos de negocios, aquellos viajes constituían un auténtico oasis de relax para mí. La rutina del día a día en Madrid me asfixiaba, y últimamente me preguntaba demasiado a menudo si merecía la pena seguir viviendo una vida que me apretaba, anhelando siempre la próxima escapada. Pero por más vueltas que le daba, no hallaba una solución viable. Si decidía romper con todo, separarme, abandonar a Jorge y a Laura... ¿podría perdonarme no ver crecer a mi hija? Los ojos se me empañaban solo de pensarlo. Maldita debilidad. No, no podría soportar alejarme de ella, a pesar de que mi vida se hubiera convertido en una monótona sucesión de peditras, deberes, reuniones con profesores, actividades extraescolares... La quería mucho, y a Jorge también. Eran mi familia. Aunque hacía ya unos años que contaba con Adriana para aliviar buena parte de la carga, la tediosa rutina en la que se había convertido mi vida no se parecía en nada a lo que tenía en mente cuando decidí formar una familia con Jorge. De algún modo, antes de quedarme embarazada por mi mente solo desfilaban instantáneas —a modo de Polaroid— en las que me retrataba a mí misma sonriente rodeada por mi bebé, mi marido y mis amigos, celebrando divertidas fiestas de cumpleaños, posando en una pradera con mi pequeña vestida de blanco de la cabeza a los pies, o en una playa, descansando en una tumbona bajo una palmera, mientras mi hija construía castillos de arena a mi lado... ¿Cómo había podido ser tan ingenua? ¿En qué momento mi lado racional había sido aniquilado y suplantado por un anuncio de Instagram? La realidad era que hacía ya bastante tiempo que no rehuía trabajar hasta tarde en la oficina, postergando lo máximo posible la hora de regresar a casa. Por otro lado, nuestras últimas vacaciones familiares habían culminado en una sucesión de discusiones y tensión de las que prefería no acordarme.

No obstante, no deseaba el divorcio. Lo que anhelaba con todas mis fuerzas era recuperar la intimidad, la chispa que en los comienzos me producía la mera presencia de Jorge en la habitación. De cuando en cuando volvía a recuperar esa sensación, y en esos momentos todo me parecía posible, hasta la vida de anuncio que había soñado. Pero –más pronto que tarde– el efímero momento se esfumaba y el sentimiento de euforia se desvanecía, sumiéndome de nuevo en la más absoluta melancolía.

Cuando viajaba por trabajo era como si mi vida real quedara en *standby*, suspendida por unos días. No me angustiaba con pensamientos como si a Laura le habrían pegando aquel día en el colegio. No me preocupaba si Adriana habría hecho la cena que había programado con anterioridad, ni si Jorge querría ver un coñazo de documental sobre arquitectura en la tele aquella noche. Todos esos detalles quedaban, por un pequeño período de tiempo, muy, muy lejos de mí.

Disponía de un par de horas para refrescarme en el hotel antes de acercarme a la agencia desde donde, tras los pertinentes saludos, me dirigiría junto a Mónica, James y un par de compañeros más a disfrutar de una comida informal en algún restaurante de moda. Allí nos pondríamos al día de las últimas novedades y cotilleos a ambos lados del Atlántico. Tras dejarnos en la puerta del hotel, el conductor desapareció entre el tráfico de Manhattan. James –muy discreto– fingió ayudarme con el equipaje para así subir conmigo a la habitación, en la que disfrutaríamos de un apasionado reencuentro.

El comienzo de aquel idilio se remontaba a un año atrás. Obviamente, James y yo habíamos coincidido varias veces con anterioridad en mis viajes de trabajo a Nueva York. Incluso habíamos compartido una maravillosa Nochevieja en Madrid, en una ocasión en que James y Camilla visitaron nuestra agencia y Jorge y yo nos ofrecimos como anfitriones para compartir con ellos la llegada del nuevo año.

Nada hacía presagiar en aquel viaje, doce meses atrás, la posibilidad de un romance entre los dos. Todo comenzó en una aburridísima entrega de premios a la que ambos nos vimos obligados a asistir, aún a sabiendas de que otra agencia se alzaría con el galardón tras comprar descaradamente el voto del jurado. Era un secreto a voces que dicha agencia se había dedicado a regalar a sus miembros artículos de lujo como relojes, bolsos o joyas pero, sin

pruebas, no se podía hacer nada al respecto. La agencia tenía reservada una mesa para seis personas en el evento. Mónica y Alberto eran dos de ellos. Linda Mancini –Presidenta de ENZO NY– con su marido, James y yo completábamos el grupo. Mónica disfrutaba observando y dejándose ver por la flor y nata de la cultura neoyorquina, en parte porque era su forma de ser, en parte porque aún no llevaba sobre sus espaldas ni la mitad de eventos que yo. Pasados unos años, la red de intrigas palaciegas, votos comprados e insufrible postureo acababan eclipsando el glamour de estas reuniones, y la mayoría de los invitados aprovechaban la noche para cenar, beber y, bueno... sobre todo para beber.

Aquella noche en concreto ponía el broche de oro a otro día de perros con Mónica. La perspectiva de soportarla además durante toda la velada se me antojaba insufrible por lo que, a mitad de la cena, alegué un terrible dolor de cabeza y me excusé, dispuesta a regresar a mi hotel y dormir hasta la mañana siguiente. Recogí mi abrigo del ropero. Estaba ya en la calle intentando parar un taxi cuando, repentinamente, escuché la voz de James a mi espalda.

—Intentando escapar, ¿eh? —bromeó, exhibiendo su encantadora sonrisa.

Me sonrojé, no solo por el atractivo que derrochaba, sino también por el hecho de haber sido interceptada en mi huida.

—Lo siento, es que...

—Lo sé... la gala es insufrible —interrumpió James.

Soltamos una carcajada al unísono.

—Dios, ¡es insoportable! —admití, riendo—. ¡Pensaba que los americanos erais especialistas en este tipo de eventos!

—Te propongo un plan alternativo... ¿Qué tal si nos vamos a tomar una copa? —dijo James, ofreciéndome galantemente su brazo.

—Sí, por favor... ¡Sácame de aquí! —acepté feliz, tomándole del brazo.

En cuestión de segundos, James había conseguido un taxi. Antes de darme cuenta, nos encontrábamos compartiendo mesa y Cosmopolitans sentados junto a un ventanal del River Café, bajo el puente de Brooklyn. El giro que había dado la noche, combinado con los cocktails, me descolocó. Bajé las defensas y, relajada, me abandoné a la magia del momento. A medida que fue avanzando la velada, la charla se fue volviendo más íntima. El roce casual de la mano de James se tornó en una caricia indisimulada, y de ahí al primer

beso no medió mucho más. Yo ya no pensaba. Solo sentía. Solo deseaba dejarme llevar, perder por una vez el control, y así lo hice. Del River Café al puente de Brooklyn, y de allí al hotel, donde pasamos nuestra primera noche juntos, recorrimos la ciudad comiéndonos a besos.

Nuestra relación, dadas las circunstancias, era perfecta. Acordamos desde el principio manejarla con la máxima discreción y prudencia, para evitar cotilleos en la agencia. Éramos conscientes de que aquella información, en manos de según qué personas, podía perjudicarnos seriamente. Pero aquella clandestinidad, lejos de suponer un obstáculo, aportaba aún más morbo al romance, y dotaba a nuestros encuentros furtivos de una pasión con la que yo ya no contaba a esas alturas de mi vida.

Nos enviábamos mensajes cariñosos casi a diario. Yo siempre usaba mi móvil de empresa, nunca el personal. Para ser totalmente sincera, esa fue una de las principales razones para agenciarme un segundo teléfono. Me sentía como una adolescente, escribiéndole a escondidas desde el jardín de mi casa, ruborizándome de emoción al recibir noticias suyas. Podíamos pasar un par de días sin comunicarnos, y de repente uno de los dos sentía el impulso de reanudar el contacto con un texto divertido, con un romántico mensaje de ánimo para una campaña en la que trabajábamos, o simplemente nos deseábamos buenos días calculando la diferencia horaria.

Aquel día de abril, por tanto, celebrábamos una especie de aniversario, aunque ninguno de los dos deseáramos ponerle una etiqueta formal a nuestra relación. No estábamos enamorados, pero era innegable que nos buscábamos. Nos necesitábamos el uno al otro y nuestros encuentros, aunque espaciados en el tiempo, eran una droga de la que aún no estábamos planteándonos prescindir. Nada más cerrar la puerta de la habitación, apenas tardamos unos segundos en desnudarnos y hacer el amor allí mismo, sin tiempo siquiera de deshacer la cama.

Tras darnos una ducha juntos, James se despidió con un beso y se marchó a la agencia, a la que yo llegaría unos minutos después. Maldije mi mala suerte al coincidir con Mónica en el *lobby* del edificio.

—¿Por qué no coges el teléfono? Te he llamado veinte veces —me increpó sin detenerse, mientras continuaba decidida su camino hacia el ascensor.

Me percaté de que, con las prisas, tan solo había cogido el bolso de mano y mi móvil personal. Me había dejado en el hotel el maletín con el portátil y el otro teléfono, el que utilizaba para temas de trabajo. No recordaba haber vuelto a conectarlo tras el vuelo. Seguramente por eso no lo escuché sonar en el hotel. Lo cierto es que la excitación del reencuentro con James me había distraído, y di gracias internamente por el despiste. Tener que parar a mitad del tema para atender una llamada de Mónica no era precisamente mi idea del romanticismo.

—No me he dado cuenta, perdona. Como hoy solo tenemos programada la comida... Me lo he dejado en el hotel —me disculpé.

Mónica no pudo completar el rapapolvo porque justo en ese momento las puertas del ascensor se abrieron frente a la entrada acristalada de nuestra oficina, en el piso 23. Como la gran actriz que era, su semblante se transmutó en una amable sonrisa, y la perdí de vista entre los apretones de mano y saludos de nuestros colegas neoyorquinos.

La comida transcurrió con normalidad, aunque aquellas charlas anodinas y repletas de lugares comunes cada vez me resultaban más soporíferas. La mera presencia de James suponía una distracción. Tuve que recordarme a mí misma que debía ser discreta, y me esforcé por participar en la conversación y aportar un toque de humor y profesionalidad a los temas que iban surgiendo. Tras una breve sobremesa, regresamos un rato a la agencia. Una vez allí, repasamos la presentación que “habíamos” preparado para el día siguiente y acordamos que Mónica y yo nos retiraríamos a nuestros hoteles para descansar, superar el *jet lag*, y estar frescas y preparadas a la mañana siguiente, que se prometía intensa.

Nada hacía presagiar cuánto.

Un coche de empresa acompañó a Mónica hasta el Plaza. James y yo teníamos otros planes. Salimos por separado de la agencia y acordamos reunirnos a las siete y media en el River Café, nuestro rincón favorito de la ciudad, para cenar y dar un paseo romántico más tarde, de vuelta al hotel. No me sentía en absoluto cansada. Muy al contrario, me sentía más despierta que nunca.

Aprovechando que Camilla se encontraba en París realizando un reportaje de moda, James había planeado cuidadosamente las noches que pasaríamos juntos. Esto incluía reservas en restaurantes, entradas para el teatro y visitas a los nuevos bares de moda.

La velada fue perfecta. Habíamos alcanzado un dulce equilibrio de complicidad y romanticismo. Me hacía tanta falta una noche así que la disfruté intensamente. Con James perdía la rigidez. No tenía nada que demostrar, ni obligaciones, ni preacuerdos establecidos. Nuestros encuentros rebosaban espontaneidad, no recordaba haberme sentido tan relajada en años. Después de cenar y tomar una copa nos dirigimos de nuevo al hotel, donde hicimos el amor una vez más, con la energía y la pasión de un par de adolescentes.

A la mañana siguiente despertamos abrazados, anhelando poder alargar el momento. Pero habíamos acordado estar a las nueve en la agencia, y prefería llegar temprano para rematar los últimos detalles de mi presentación antes de que la irrupción de Mónica me robara los pocos minutos de paz de los que disfrutaría hasta bien entrada la tarde. James abandonó el hotel en primer lugar. Se detendría a desayunar en su cafetería favorita, y sería también de los primeros en llegar a la agencia aquella mañana.

Cuando se marchó, aproveché para darme una larga ducha y, tras secarme el pelo, vestirme y maquillarme, me dispuse a salir del hotel. Me puse el abrigo camel y procedí a revisar todo lo que debía llevar a la oficina: bolso, portátil, tarjeta de acceso, monedero, los móviles... Fue entonces cuando reparé en que, desde que aterrizamos en Nueva York el día anterior, no había consultado en ningún momento el móvil de trabajo. El nuevo. Había realizado un par de llamadas rápidas la tarde anterior: una a Adriana, para recordarle que Laura tenía que practicar una hora con el violín, y otra más tarde a Jorge, en la que hablé tanto con él como con mi hija, para darles las buenas noches y confirmarles que el vuelo había llegado sin incidencias. Recordé el comentario de Mónica del día anterior, en el *hall* de la agencia: “¿Por qué no coges el teléfono? Te he llamado veinte veces”. Me invadió un molesto presentimiento. ¿Sería posible? ¿Lo habría perdido? Recordé haberlo metido y sacado del

maletín varias veces durante el vuelo. Busqué y rebusqué por toda la habitación, en los bolsillos del abrigo, hasta debajo de la cama, pero el móvil no apareció. Definitivamente, lo había perdido.

Temí que, por distracción, el teléfono se hubiera resbalado inadvertidamente fuera del bolso, quedando oculto bajo el asiento del avión. Así que decidí apresurarme en llegar a la agencia e intentar contactar desde allí con la compañía aérea, por si alguien lo hubiera encontrado y hubiera tenido la decencia de depositarlo en la oficina de objetos perdidos. No contaba con ello, pero era la única opción que me quedaba. También podía haberseme caído en el coche que fue a recogernos al aeropuerto, pero estaba convencida de no haberlo sacado en ningún momento tras bajar del avión. Por suerte siempre he sido muy precavida y, aunque me daba rabia haber cometido semejante descuido –acababa de estrenar el dichoso teléfono, y era uno de los más potentes del mercado–, tenía copia de seguridad de todos mis contactos, y podría acceder igualmente a mi agenda, documentos y correo electrónico a través del portátil, por lo que la pérdida era relativa. Lo que más me fastidiaba era la perspectiva de tener que facilitarle a Mónica mi número personal, amén de que aquel era el móvil que usaba habitualmente para comunicarme con James, por lo que, conforme cerraba tras de mí la puerta de la habitación, decidí solicitar un teléfono provisional a la mayor brevedad posible. Seguro que la agencia tenía cubierto este tipo de contingencias.

Disfrutaba muchísimo de aquellos paseos matutinos, del hotel al rascacielos que albergaba la oficina central. Caminar sola era un lujo del que rara vez disfrutaba en Madrid. Claro que no era una auténtica neoyorquina, pero tampoco una turista. Confundiéndome entre la gente que subía y bajaba por las amplias aceras de Madison Avenue, me deleité sin prisas en algunos escaparates, y finalmente me detuve en un Starbucks a comprar un café y un croissant. Me comí el bollo por la calle, antes de entrar en el *hall* del edificio donde se ubicaba la oficina. Feliz, contemplé mi reflejo sobre las puertas metálicas del ascensor que ascendía velozmente al piso 23. Allí, con mi vaso de café en una mano y el maletín en la otra, sintiéndome tan profesional como una ejecutiva de revista, me reafirmé en que todos los sacrificios y largas jornadas de trabajo habían merecido la pena. Lo había conseguido. Estaba en la cima de mi carrera profesional –a pesar de las Mónicas del mundo– y me

propuse retener esa sensación de euforia durante tanto tiempo como me resultara posible.

Maggie –la encantadora recepcionista– me saludó cariñosamente al cruzar las puertas de cristal, sobre las cuales destacaba el logo de la agencia, elegantemente impreso en grandes letras blancas. Se interesó por saber si había descansado bien la noche anterior y, muy convenientemente, me preguntó si podía hacer algo por mí. Aproveché la oportunidad para resumir brevemente el problema con la pérdida del teléfono, y ella se ofreció de inmediato a contactar con la compañía aérea y averiguar si lo habían encontrado. Se lo agradecí y, tras una rápida ojeada al interior de la agencia, comprobé con alivio que mi jefa no había llegado todavía.

Siempre que viajaba a Nueva York me reservaban una mesa al fondo de la amplia sala común, donde *copy*s, diseñadores y directores de cuentas convivían y se relacionaban como si de una organizada colmena se tratara. Mi mesa se hallaba mágicamente emplazada junto a uno de los grandes ventanales desde los que se admiraban unas increíbles vistas de Manhattan. No me cansaba nunca de ellas. Mónica tenía reservado un espacio en una pequeña sala de reuniones, no muy lejos de donde me sentaba yo. Desde allí podía disfrutar de cierta intimidad para realizar llamadas o reunirse con el equipo, aunque el moderno diseño de paredes semitransparentes tampoco garantizaba total privacidad. El despacho de James, cercado igualmente por tabiques traslúcidos, se ubicaba justo al lado.

Me instalé en mi puesto y me dispuse a revisar por enésima vez la presentación que debíamos realizar unas horas más tarde frente a los directivos neoyorquinos. Alberto tenía por costumbre unirse a nosotras en dichas reuniones y, aunque no había podido viajar a Nueva York el día anterior, confirmó que llegaría a tiempo –a media mañana– procedente de la oficina de Londres. Acordamos esperarle para presentar ante los CEO's de la central las últimas campañas emprendidas desde la agencia de Madrid. Se analizaría el impacto en medios, los nuevos posibles clientes y estrategias de marketing sobre las que se estaba trabajando, etc... Estas reuniones eran importantes para tomar el pulso de las distintas delegaciones a nivel mundial, y me esforzaba mucho porque mis presentaciones fueran impecables, incluso aunque Mónica tratara de robarme el protagonismo. Afortunadamente,

Alberto continuaba siendo un fiel aliado en lo profesional. Nunca dejó de recalcar con firmeza ante los directivos mi papel fundamental en las decisiones más importantes de cada campaña. Al menos eso era de agradecer, reflexioné para mí misma, mientras guardaba la versión definitiva de la presentación y se la enviaba a Mónica por correo electrónico.

Como era habitual en mí, no había levantado la vista de la pantalla desde que me senté a trabajar, y no reparé en la hora que era hasta que James, sigilosamente, se acercó hasta mí y preguntó, ligeramente preocupado:

—Claudia, ¿a qué hora quedó Mónica en venir?

Consulté mi reloj de pulsera, y sentí un ligero sobresalto. Eran las diez y media. Habíamos acordado reunirnos allí a las nueve. Aquello, ciertamente, no era propio de ella. ¿Qué podría haberla entretenido? Me preocupó que hubiera surgido algún imprevisto y no hubiera podido localizarme en el móvil extraviado. Consulté mi correo electrónico, por si hubiera decidido contactar conmigo por ese medio. Nada. Saqué mi móvil del bolso, el personal. Nunca había llamado a Mónica desde él, aunque sí que tenía su número anotado en la agenda, por si lo necesitaba en caso de emergencia. Recelosa, decidí descolgar el teléfono fijo que tenía disponible sobre mi mesa y realicé la llamada desde allí. Tras varios tonos, saltó el contestador automático. Dejé un mensaje, explicando que estábamos inquietos por su retraso, y pidiendo que llamara a la agencia cuando lo escuchara.

Tras unos quince minutos, llamé de nuevo. Una vez más, respondió el contestador.

—Esto es muy extraño. Vamos a llamar a su hotel —le dije a James.

Descolgué el teléfono y, al marcar el cero, la voz de Maggie respondió cordialmente:

—Hola Claudia, ¿qué puedo hacer por ti?

—Maggie, estoy un poco preocupada... Por favor, ¿podrías llamar al Plaza y ver si puedes localizar a Mónica en su habitación? No contesta a móvil, es muy raro que no haya llegado todavía...

—Por supuesto, voy a intentar localizarla —contestó Maggie, tranquilizadora.

Pasaron otros quince minutos. James y yo especulábamos sobre lo que podía haber sucedido. James bromeó:

—Quizás Alberto llegó anoche, antes de lo previsto, y se han quedado dormidos.

No se me había ocurrido aquella posibilidad. Me sorprendió que hablara del idilio de mis jefes tan abiertamente, pero me di cuenta de que nadie podía escucharnos, y reí con cierto alivio imaginando que aquella fuera, en efecto, la verdadera causa del retraso de Mónica. Continuamos bromeando. Quizás se emborracharon y se han despertado esta mañana en Las Vegas, disfrazados de Elvis y Marilyn... Desde luego, el encanto de James era capaz de relajar cualquier situación de tensión. Maggie tardaba en dar señales de vida, por lo que decidimos aproximarnos a la recepción y preguntar directamente a la joven si había averiguado algo. Justo cuando llegábamos a su altura, Alberto hizo su entrada a través de las puertas de la oficina, todo sonrisas, arrastrando una pequeña maleta en una mano y un portatrajes en la otra. Era evidente que llegaba directamente desde el aeropuerto. Me apresuré a interceptarle y, asiéndole del brazo, le conduje a un discreto lateral de la recepción. Mientras — por el rabillo del ojo— observaba cómo James hablaba con Maggie, quien, con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja, hacía signos de no tener noticias y continuar a la espera de que el hotel pudiera localizarla.

—Alberto, perdona que te avasalle, tengo que preguntarte una cosa: ¿sabes dónde está Mónica? No ha llegado aún, y estamos un poco preocupados. Habíamos quedado a las nueve, y son más de las once... No es propio de ella.

—Hmmm... No, pues no sé... Hablé con ella ayer por la tarde. Me comentó que se iba al hotel a dormir y quedamos en vernos aquí hoy, no he sabido nada más. ¿Le habéis llamado al móvil? —preguntó Alberto, inquieto.

—Sí —contesté—. Salta el contestador. Maggie está intentando localizarla en el hotel.

Nos acercamos juntos al mostrador de recepción, justo en el instante en que Maggie colgaba el teléfono, negando con la cabeza.

—No responde. Un camarero ha subido y ha estado llamando a la puerta, pero no contesta nadie. Me han dicho que no pueden entrar en la habitación sin una razón justificada —explicó Maggie, encogiendo los hombros.

—Vamos a hacer una cosa: James, acompáñame al hotel. Le pediremos al director que nos abra la puerta, bajo mi responsabilidad —zanjé.

James asintió con la cabeza.

—Yo también voy —añadió Alberto. Sin más dilación, bajamos los tres a la calle y tomamos un taxi con dirección al Plaza.

—Seguro que hay una explicación lógica —argumentó James, tratando de calmarnos. Me esforcé por seguir el ritmo de Alberto quien, bastante nervioso, subía de dos en dos los peldaños de acceso al lujoso *lobby* del hotel. Una vez le di alcance nos abalanzamos sobre el recepcionista, abrumándole con nuestro angustiado parloteo. Como el joven ya estaba al tanto de la situación, tras haber atendido personalmente la llamada de Maggie, nos acompañó sin perder un momento al despacho del director del hotel.

—¿Están seguros de que la señora no ha abandonado la habitación? — cuestionó éste último amablemente, mientras avanzaba por el elegante pasillo que conducía a la suite de Mónica.

—No estamos seguros de nada, pero tememos que haya sufrido alguna indisposición. No es propio de ella no haber llamado o avisado a la oficina — explicó Alberto.

—Yo sé que toma pastillas para dormir —añadí. —Me preocupa que se tomara más de una y esté teniendo problemas para despertar.

—Tranquilos, no es la primera vez que sucede algo así, y siempre hay una explicación lógica. Seguro que no hay nada de lo que preocuparse —dijo el director mientras, haciendo uso de una llave maestra, abría la puerta de la habitación.

El hombre se hizo a un lado con un ceremonioso gesto, indicándonos que podíamos pasar. Entré en primer lugar, seguida por Alberto y James. A priori no se observaba nada extraño, salvo que allí no había ni rastro de mi jefa. La cama estaba deshecha y, al estar abierta la puerta del armario, pudimos observar la ropa, zapatos y demás prendas de vestir meticulosamente colocados en su interior. Todo tan pulcro y ordenado como la propia Mónica. El vestido negro que llevaba el día anterior colgaba sobre el respaldo de un sillón de la suite, junto al que también se encontraban sus zapatos y sus medias. Nada parecía fuera de lugar. Reparé entonces en su ordenador portátil. Estaba abierto y enchufado a la pared, sobre un escritorio situado cerca del gran ventanal con vistas a Central Park. En ese momento, algo hizo clic en mi cabeza. No me cuadraba que Mónica hubiera salido de la habitación dejando el ordenador encendido. Su teléfono móvil estaba sobre la mesilla de

noche, junto a la cama, al lado de una caja de Orfidal. Me dispuse a cruzar la habitación para inspeccionar el teléfono cuando un grito desgarrador me heló la sangre en las venas y me dejó clavada a medio camino. El que gritaba era Alberto, y su voz provenía del baño. Tal y como lo recuerdo, y como relataría más tarde a la policía, a partir de ahí todo sucedió para mí a cámara lenta. Me sentía igual que en uno de esos documentales donde se narran los primeros instantes tras una explosión. El sonido se amortiguó, como si de repente alguien me hubiera sumergido en un tanque de agua. James entró y salió del baño como un resorte, corriendo hacia mí y, abrazándome con todas sus fuerzas, trató de impedir que contemplara la escena que tenía lugar en su interior. Alberto salió del baño tambaleándose. Sin tiempo apenas de atravesar el umbral de la puerta, se inclinó hacia un lado y vomitó sobre la alfombra. El director entró en la habitación al escuchar el alboroto y yo, aún no sé muy bien cómo, conseguí zafarme de los brazos de James y alcanzar el cuarto de baño para contemplar con mis propios ojos una escena que quedaría grabada en mi mente para siempre. Mónica yacía desnuda en la blanca bañera de mármol del hotel, rebosante de agua, con las venas de las muñecas seccionadas, tiñendo todo el contenido de un rojo intenso. Tenía la cabeza ladeada, con los ojos cerrados, como si la muerte le hubiera sorprendido plácidamente dormida. Su expresión no era triste, ni de angustia. Tenía el rostro limpio y desmaquillado, y su media sonrisa convertía toda la escena en algo todavía más inquietante. Aquel escenario no tenía nada que ver con el episodio de un thriller de misterio. Era todo tan real –la humedad, el olor, los gritos, la luz–, que resultaba insoportable.

No recuerdo con claridad cómo se sucedieron los acontecimientos después de aquello. James relató que el director nos apremió a abandonar la estancia sin tocar nada ya que, aunque todo apuntaba a un suicidio, debía avisar a una ambulancia y a la policía para que se personaran en el hotel e intentaran esclarecer los hechos.

Los paramédicos irrumpieron en la habitación con una rapidez espectacular, apenas unos minutos después de que el director realizara la llamada a los mismos pies de la bañera. La diligencia y velocidad con la que se desplegó todo el dispositivo de emergencias me hizo albergar por unos minutos la esperanza de haberla encontrado aún con vida, pese a lo impactante de la escena. Por desgracia, solo pudieron certificar la muerte y

aguardar la llegada de la policía para compartir con ellos los detalles de su intervención.

Cuando llegaron, Alberto, James y yo fuimos escoltados por un par de detectives a distintas habitaciones del hotel, donde varios profesionales trataron de calmar los cuadros de ansiedad que presentábamos, para después proceder a interrogarnos por separado.

Tras lograr serenarme a duras penas, el técnico sanitario que me atendió salió de la habitación, dejándome sola unos instantes. Permanecí sentada en el borde de la cama, rígida como una estatua, con las manos fuertemente apretadas sobre el regazo mientras las lágrimas, fruto del estrés, se deslizaban por mis mejillas sin control. Mi cerebro funcionaba a mil por hora. ¿Un suicidio? Por la puerta entreabierta se colaban frases sueltas de los agentes que iban y venían, pasillo arriba y abajo. “Nota de suicidio en el ordenador”, escuché. “Por eso dejó el ordenador encendido... para asegurarse de que alguien la encontrara”, razoné. “¿Quién es Alberto?”, me llegó entre susurros... “Al parecer, el amante”, contestó una voz femenina. La dueña de dicha voz era una detective latina de mediana edad, como sacada de una película de los Coen. A los pocos segundos, la mujer entró en la habitación en la que me encontraba y cerró la puerta tras de sí. Cogió una silla, la colocó cerca de la cama y se dirigió a mí con un tono firme pero cargado de una estudiada empatía.

—Hola Claudia, ¿cómo se encuentra? —preguntó en un perfecto español. Luego se presentó. ¿Dijo detective Martínez? ¿Rodríguez? Imposible retener más información...

—¿Le importa que le haga algunas preguntas? —inquirió, con una amable sonrisa.

—Claro, por supuesto... —respondí, incapaz aún de controlar el llanto nervioso. Me di cuenta de que estaba realizando un movimiento incontrolado con las piernas, subiendo y bajando las rodillas unos centímetros, despegando los talones del suelo a gran velocidad. Como una niña nerviosa, aguardando un castigo frente a la puerta del despacho del director. En cuanto fui consciente de ello, traté de detenerlo presionando las rodillas con mis manos. Súbitamente, el móvil de la agente bramó, escupiendo su melodía a un

volumen excesivamente alto. Me sobresaltó de tal modo que di un respingo sobre la cama. Tenía los nervios a flor de piel.

—Discúlpeme un segundo... —se excusó la detective mientras abandonaba la habitación para atender la llamada.

En los cuatro o cinco minutos que transcurrieron hasta que regresó para interrogarme, un millar de pensamientos me taladraron la mente. Por un lado, nada cuadraba. Conocía a Mónica desde hacía ya un tiempo, trabajaba con ella a diario. Era un bicho, pero nunca dio muestra alguna de angustia o de tristeza. No me cuadraba en absoluto con el perfil de una persona deprimida. Es más, en la última semana se había mostrado hiperactiva, como si quisiera dejar una imagen impecable durante nuestra visita a la central. Por otro lado, ¿quién sabe lo que bulle por la cabeza de cada uno...? ¿Cómo podía yo estar tan segura de que la situación con Alberto no había acabado por pasarle factura, que no estaba atravesando un bache sentimental, o una depresión...? No era del todo imposible. Y sin embargo... ¿por qué habría de elegir acometer el fatal desenlace precisamente allí, en Nueva York, cuando podía disfrutar libremente de unos días con su amante, sin temor a ser descubiertos por algún conocido? Algo se me escapaba y, al mismo tiempo, un presentimiento incómodo comenzaba a acecharme, aunque aún no conseguía darle forma a lo que me inquietaba. Era como intentar recordar una pesadilla de la que acabas de despertar, pero siendo incapaz de recordar los detalles concretos. Al mismo tiempo, me angustiaba la perspectiva del interrogatorio al que estaban a punto de someterme. Repentinamente, una frase del director del hotel se clavó en mi cerebro: “Aunque todo apunta a un suicidio...”. Las palabras flotaban ante mí como un anuncio de neón. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Que podía tratarse de un asesinato disfrazado de suicidio? Mi corazón se detuvo. Sentí, literalmente, que el corazón dejaba de latir en mi pecho, que se me empañaba la visión y que estaba a punto de perder el conocimiento. La imagen de Berta, mi simpática compañera de vuelo, apareció, como un holograma, ante mis ojos:

“Sería como si yo me cargo a Mónica, y tu asesinaras, digamos, a mi marido”

“Seguro que hay mil maneras de hacer que parezca un accidente, o un suicidio...”

Estaba en trance, rememorando la escena del avión como una espectadora, fuera de mi cuerpo. Recordé incluso mi ridícula reacción tendiéndole la mano, sellando el trato.

“No, no, no, no, no...” repetí, esta vez en voz alta, balanceando mi cuerpo adelante y atrás en pleno ataque de ansiedad. ¡No podía ser! Por muy descabellada que resultara la idea del suicidio, la teoría del asesinato perfecto tenía menos lógica aún. ¡Pero es que era todo tan surrealista! Lo que me preocupaba de verdad ahora era que la policía encontrara algún indicio de muerte violenta y, por lo que fuera, alguna sospecha recayera sobre mí. El temblor de las piernas se reanudó. ¿Y si alguien había escuchado la ridícula conversación en el avión? Mi mala relación con Mónica era del dominio público. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que me encontraba ante otra grave disyuntiva. La parte positiva del asunto era que tenía una firme coartada. Había pasado la noche con James, y él no mentiría al respecto. Habíamos sido vistos juntos en el restaurante, en el Puente de Brooklyn, y por el personal nocturno del hotel. James no tenía nada que perder, así que estaba convencida de que diría la verdad, lo cual me libraba de toda sospecha. La parte negativa, no obstante, era que aquella maldita situación ponía en peligro la discreción con la que había intentado gestionar mi romance extramatrimonial. No me quedaba más remedio que confesar la verdad, pero debía encontrar por todos los medios la manera de que aquella información no llegara a oídos de Jorge, y en aquellos momentos no creía que tal cosa fuera posible.

La detective reapareció, disculpándose.

—Perdone. Como le iba diciendo, necesito hacerle algunas preguntas, si le parece bien.

Asentí con la cabeza dispuesta a colaborar, al tiempo que volvía a controlar el temblor de piernas y el balanceo del cuerpo.

—De acuerdo. ¿Qué relación tenía con la fallecida?

—Mónica. Su nombre es... era... Mónica Salazar —apunté.

—Por supuesto, Mónica. ¿Cuál era la naturaleza de su relación?

—Era mi jefa. Trabajábamos juntas en la agencia. Llegamos ayer desde Madrid. Hoy tenía que haberse presentado a las nueve en la oficina, y al retrasarse... Ha sido muy raro... Nada de esto es propio de ella...

Mi cerebro continuaba a mil por hora intentando atar cabos, dar con una explicación convincente, pero nada tenía sentido. Excepto, quizás, la alternativa más insólita de todas. La imagen de la maldita desconocida del avión comenzaba a nublar-me la mente.

—¿Cree que Mónica atravesaba un mal momento personal? —continuó indagando la policía.

—Sinceramente, lo desconozco. No éramos lo que se dice amigas. No teníamos una relación muy cordial, si le digo la verdad... Yo no noté nada raro. Mónica tenía mucha fuerza, una gran personalidad. Pero quién sabe...

—¿Le consta si mantenía alguna relación sentimental?

Dudé por unos instantes aunque, por lo que había podido escuchar, en su nota de despedida aparecía el nombre de Alberto.

—Hable sin miedo. Su declaración es confidencial —aclaró la detective.

—Sí —confirmé—. Mantenía una relación con Alberto Martín, el hombre que está ahí fuera. Él está casado, pero lo suyo es un secreto a voces.

—Entiendo —asintió la detective, mientras tomaba notas en una pequeña libreta—. Solo un par de preguntas más. ¿Dónde estuvo usted ayer, entre las nueve de la noche y las dos de la madrugada?

Me mostré dubitativa una vez más. Exponer de repente mi infidelidad ante una completa desconocida no era plato de gusto. Pero no me quedaba otra.

—Estuve cenando y tomando una copa con un compañero de trabajo, James Carter. Ha venido también con nosotros —le expliqué, señalando con la mirada al exterior de la habitación—. Después dimos un paseo hasta mi hotel. Pasamos la noche juntos.

Tuve que hacer una pausa para meditar lo que diría a continuación.

—Escuche —proseguí—. Yo... bueno... James no es mi pareja, ¿comprende? Mi marido está en Madrid y no sabe nada de nuestra... aventura. En la medida de lo posible, le rogaría la mayor discreción en este asunto.

—Tranquila —contestó la agente—. Tenemos la obligación de interrogar a su entorno por si necesitáramos esclarecer algún detalle más antes del levantamiento del cuerpo. Si no hay que abrir una investigación, puede estar tranquila, su declaración se tratará con absoluta confidencialidad.

—Muchas gracias, detective —respondí, aliviada.

—Por último... ¿cree que hay alguien a quien pudiera beneficiar su muerte? —preguntó.

“Obviamente, a mí”, pensé, mientras apretaba los labios con fuerza, como temiendo que mis gestos o miradas dejaran traslucir mis pensamientos. Me esforcé por ocultar el temblor de mis manos y mantener la compostura.

—Hmmm... No. Imposible, no se me ocurre nadie... Como le decía antes, era una mujer complicada, pero también muy respetada. Era buena en su trabajo, exigente, pero no se movía en un ambiente violento, ni estaba metida en asuntos turbios... Al menos que yo sepa. Sinceramente, me resulta muy difícil creer en otra teoría distinta al suicidio. Aunque le confieso que jamás, jamás, hubiera imaginado que tuviera planeado quitarse la vida. No obstante, quién sabe el infierno personal que atraviesa cada uno...

Esta reflexión la hice más para mí misma que por aportar algo a la investigación. Por primera vez, probablemente, desde que la conocí, sentí lástima por Mónica. Aquel final... Otro flash de mi extraña compañera de vuelo provocó que un pinchazo me atravesara nuevamente el pecho. Creo que la detective interpretó aquel sobresalto como una señal para dar por terminado el cuestionario.

Un policía de uniforme entró en la habitación e hizo un gesto con la mano, indicando a la agente que su presencia era requerida en la escena del crimen. No conseguía quitarme de la cabeza aquellas palabras: "escena del crimen". La detective salió al pasillo, para regresar al cabo de unos instantes.

—Muy bien, pues eso es todo. Si lo desea puede regresar a su oficina, o a su hotel. Tenemos sus datos, le rogamos que no abandone la ciudad en los próximos tres días, por si necesitáramos contactar de nuevo con usted. Si en ese tiempo no ha sabido nada de nosotros, es libre de viajar o regresar a su país.

Según hablaba, me tendió una tarjeta con su nombre y número de teléfono. Recordé haber hecho el mismo gesto a la mujer del avión, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Si recuerda algún detalle que crea que puede ser importante, no dude en ponerse en contacto con nosotros.

Asentí con la cabeza, al tiempo que recogía la tarjeta y la guardaba en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué pasará ahora...? Con Mónica, quiero decir... —pregunté.

—Oh, el juez llegará en breve para decidir sobre el levantamiento del cadáver. Entre usted y yo, creo que en unas horas podrán acudir a la morgue e iniciar todo el papeleo para la repatriación del cuerpo. Las autoridades pertinentes les irán guiando en el proceso, no se preocupe por nada.

Me impactó la naturalidad con la que la detective enumeró los pasos a seguir, como si los términos “morgue”, “repatriación del cuerpo” o “levantamiento del cadáver” formaran parte de su rutina habitual. Probablemente así fuera, pero para mí, que todavía estaba tratando de digerir lo ocurrido, resultaban casi imposibles de asimilar así, en una sola parrafada. Unas horas antes estaba preparando la presentación que habríamos de defender juntas, y ahora me tenía que ocupar de los detalles para devolverla a Madrid en un féretro.

La detective se despidió con un apretón de manos y abandonó la habitación. Salí tras ella y divisé a James al final del pasillo, charlando —visiblemente consternado— con el director del hotel. Deseé con todas mis fuerzas que, en lugar de él, fuera Jorge quien estuviera esperándome allí, para correr a refugiarme en sus brazos. Sentí un enorme deseo de estar con mi marido y mi hija, los tres juntos, y me invadió una angustiosa sensación de soledad. Con las pocas fuerzas que me quedaban, recorrí los metros que me separaban de James. En mi camino, atisbé por el rabillo del ojo a Alberto, que parecía estar contestando a las preguntas de otro investigador en una especie de sala de reuniones. James se percató de mi presencia y apuró el paso hasta llegar a mi lado. Me rodeó con el brazo y, apoyando mi cabeza sobre su hombro, nos dirigimos a la salida principal del Plaza, donde cogimos un taxi en dirección a mi hotel.

Había perdido la noción del tiempo. Cuando entramos en la habitación, miré por primera vez la hora en mi reloj de pulsera. Eran casi las cinco de la tarde. No habíamos comido —no habría podido probar bocado, por otro lado—, ni tenía malditas las ganas de cenar. Aún en trance, me senté sobre la cama. James iba y venía por la habitación, haciendo llamadas de teléfono. Me pareció que hablaba con Maggie. Más tarde sonó el teléfono, el director de la agencia en Nueva York, más compañeros, más llamadas, James repitiendo la historia una y otra vez... Saqué el móvil del bolso. No era consciente de haberlo oído sonar ni una sola vez. Recordé haberlo silenciado en la agencia, a primera

hora de la mañana, para concentrarme en los últimos retoques de la presentación. Consulté la pantalla. Tenía varios *whatsapps*: de Adriana, de Jorge, de una compañera de Madrid... Todo me resultaba ajeno. Irrelevante. Absurdo. Decidí llamar a Jorge. Entre lágrimas y un hipo que apenas me permitía explicarme con claridad, le conté lo ocurrido. Jorge, alarmado, se ofreció a volar junto a mí aquella misma noche. Decidimos que no era necesario. Probablemente volvería incluso antes de lo planeado. Tan solo deseaba que los tres o cuatro días siguientes pasaran lo más rápido posible, y regresar cuanto antes a mi casa, a mi cama, junto a mi familia.

Los días posteriores a la muerte de Mónica transcurrieron entre una calma escalofriante. Nadie sabía qué decir. La primera mañana me acerqué a la oficina. No tenía ánimos para ponerme a trabajar, pero me sentía incapaz de quedarme sentada de brazos cruzados en la habitación del hotel, viendo pasar las horas. En la agencia se habían suspendido todas las reuniones. Se realizó un pequeño acto de homenaje a Mónica. Nos consolamos unos a otros, incluso alguien me recomendó buscar un grupo de apoyo para superar este tipo de pérdidas imprevistas. Alberto estaba inconsolable. No recuerdo un instante en aquellos días en que no le viera llorando. James andaba taciturno, aún conmovido, pero menos afectado, más entero.

Pasadas cuarenta y ocho horas, no pude reprimir el impulso y marqué el número de teléfono de la detective:

—Solo quería saber si han averiguado algo... ¿Han encontrado algún indicio, algo que esclarezca un poco los motivos de la muerte de Mónica?

—Lo cierto es que no. La única prueba contundente es la nota de despedida que dejó, que por otro lado es bastante escueta. Dice que no deseaba seguir viviendo, que llevaba mucho tiempo fingiendo una felicidad inexistente, y que le agradaba la idea de despedirse del mundo en su hotel preferido, con una botella de champagne y contemplando las vistas de Central Park.

—¿Eso es todo? —pregunté, entre el alivio y la incredulidad.

—Me temo que sí. Estamos elaborando el informe final, el caso está cerrado —respondió la detective—. Algunas veces, la gente sencillamente se rinde... —añadió, con el tono de quien ya ha resuelto muchos casos de suicidio a lo largo de su carrera.

—Ya. Bueno, yo me preguntaba si, tal vez, las cámaras de seguridad del hotel habrían revelado si aquella noche recibió alguna visita, quizás alguien que la disgustara o...

—Lo cierto es que no hemos podido revisarlas —interrumpió en seco la agente—. El circuito de vigilancia privada del hotel lleva más de una semana fuera de servicio.

El corazón me dio un brinco en el pecho. Solo había hecho aquella pregunta para descartar de una vez por todas la insólita teoría del crimen perfecto. El hecho de que las cámaras hubieran estado fuera de funcionamiento justamente aquellos días me puso los pelos de punta.

—Por lo visto, han tenido un problema informático con el *software* que las controla, aún están intentando arreglarlo —prosiguió la mujer—. Pero, como le iba diciendo, no parece probable que podamos apoyarnos en ninguna hipótesis distinta al suicidio. No hemos encontrado más huellas que las suyas, en el vaso de agua, en la cuchilla, en el teclado del ordenador... No hay restos de ADN que no coincidan con la víctima, ni signos evidentes de violencia o forcejeos. Comprendo su desazón, créame. Este tipo de muertes resulta difícil de asimilar. Dése un tiempo para procesarlo. Aún está todo demasiado reciente —concluyó, haciendo gala de una notable empatía.

—Lo haré —me despedí, no del todo convencida—. Muchas gracias, detective.

En las horas siguientes acompañé a Alberto a realizar los trámites para la repatriación del cuerpo, que viajaría con nosotros en el primer avión disponible.

La mañana de mi partida, me despedí de James como una zombie. Llevaba varios días sin pegar ojo y, pese a las palabras de la policía, mi inquietud no había cesado del todo. No hubo besos ni abrazos. Apenas un roce de labios antes de abandonar la habitación. Alberto me esperaba en un coche con conductor, a la puerta del hotel. No intercambiamos ni una palabra en todo el trayecto, ni durante las ocho horas que duró el vuelo a Madrid. Esta vez volaba en Primera Clase, pero aún así no pude evitar la tentación de escudriñar uno por uno los rostros de los pasajeros. Desde que abandoné el Plaza —el día de la muerte de Mónica— tenía la molesta sensación de estar siendo observada. "Estoy totalmente paranoica", pensé. Al despegar el avión,

contemplé la puesta de sol desde el cielo, por encima de un mar de nubes anaranjadas. Tras cerciorarme por tercera vez de que la enigmática Berta no se hallaba entre el pasaje, la inquietud comenzó a menguar, muy lentamente. Cerré los ojos y, relajándome al fin, caí en un profundo sueño.